

cierto es que, si atendemos á los autores instruídos en historia religiosa, la devoción á San José, tan divulgada entre los cristianos de Occidente, brotó entre los cristianos de Oriente. Allí, en Egipto, consiguió el pobre carpintero un Evangelio, considerado por la Iglesia como apócrifo, mas, no obstante tal carácter, escanciado por todas las almas piadosas como agua viva de fuente clara, cuando quieren referir la historia de José é inspirar á los fieles devotos afectos por su persona sacratísima. En 20 de Julio ponen los calendarios coptos la fiesta del padre putativo de Jesús. Y esta historia de las fiestas, además de merecer grande atención, por mezclarse las festividades católicas á nuestra vida y costumbres, la merece por mostrarnos el desarrollo de los dogmas y el predominio de unos aspectos de la religión sobre otros en las sucesivas edades y en las varias generaciones. No pueden los historiadores eclesiásticos fijar con exactitud la época cierta en que la fiesta de San José pasó desde los orientales á los occidentales. Fillemont cree que, á fines del siglo décimo-cuarto, los carmelitas, en sus peregrinaciones, transmitieron á Europa y á la Iglesia latina esta devoción hacia San José y su fiesta oficial de Marzo, muy celebradas y usuales en Asia y Africa por las iglesias de griego rito. Dom Calmet, autoridad res-

petadísima en asuntos eclesiásticos, no pasa por esto, y declara mucho más antigua en Occidente la festividad augusta del padre de Jesús, derivándola del siglo décimo, en cuyos días llegó á los mayores extremos la exaltación religiosa, pues aterrizados los espíritus católicos por sus creencias arraigadísimas en la proximidad inmediata del juicio final, buscaron intercesores numerosos que los preservaran de las tentaciones del pecado y les abrieran las puertas del Paraíso. Cuantos han profundizado estas materias quédanse perplejos y en duda entre tan acreditados autores. Mas Variot, sabio doctor francés, que ha escrito libro muy estimado y estimable sobre los Evangelios apócrifos, cree promotor de tal devoción á un pensador católico tan venerable como Gersón, alma de aquel concilio de Constanza, donde los espíritus católicos de primer orden pensaron echar las bases de un régimen parlamentario en la Iglesia, que, una vez fundado y establecido, nos evitara la revolución del siglo décimoquinto y sus consecuencias, tan dañosas á la vieja y santa unidad cristiana. Entre los muchos trabajos que intento de tal trascendencia daba en aquellos días al inmortal teólogo, tuvo tiempo sobrado para fomentar devoción tan piadosa como el culto á José, modelo perfecto de padres cuidadosos y tiernos. Y, en efecto, del Egipto de-



bía venir este manantial de afectos religiosos, porque la protección, prestada por José á la débil mujer y al tierno niño en aquellos trances terribles, designa y señala con toda exactitud el ideal de todo ministerio y poder paterno en la familia cristiana. ¿Qué fuera de un organismo viviente tan delicado por sí como la familia y su vivo espíritu á no defenderla el Padre contra la cólera de los elementos y la cólera de los hombres en trances tan supremos como la ida inevitable á Egipto? El cristianismo no presenta sólo á los fieles aquella suma riquísima de ideas en que los espíritus nuestros á una se alimentan y nutren; también ofrece un conjunto de acciones á cual más bellas, enseñando así, no solamente á creer, sino á vivir y amar. Pues bien, esta idealización de San José como padre pródigo en amarguras acerbas, norma perfectísima de una familia santa, debía presentarse por fuerza en el sitio donde con mayor energía brotó y llegó á ejercerse, debía presentarse por fuerza en Egipto. Después, trasladada la Sacra Familia, una vez Herodes muerto, á Nazareth, y crecido el Salvador, quien inicia su predicación, San José desaparece. Y la historia, tanto de su vida como de su muerte, no hay que buscarla en los Evangelios canónicos, muy avaros en el relato de todo hecho no concerniente á la vida religiosa del Salvador, hay que buscarla en estos

Evangelios apócrifos, y con especialidad en este libro consagrado á las virtudes y á las obras del santo carpintero.

Allí, solamente allí, hanse recogido por los escritores más ortodoxos las noticias con que abrillantan sus libros más acreditados. Tal guía les enseñó que los fugitivos errantes, la Sacra Familia, detuvieron su marcha y aposentaron sus personas en bosque de palmas é higuerales muy cercano á Ramla; que cruzaron las montañas de Galilea y descendieron á las planicies de Siria; que desde una ciudad marítima filistea pasaron á Egipto con las caravanas reunidas allí al fin de dirigirse al Nilo con alguna custodia y la relativa seguridad posibles en tales tiempos y países. Solamente bebiendo noticias en tan originales fuentes pudieron los escritores ortodoxos referirnos cómo prefirieron en su fuga las vías más tristes y solitarias, las hondas cañadas abiertas en las aristas de los montes, los bosques y espesuras, el culebreo de los senderos asperísimos, y cómo llegaron al término de la peregrinación explorando José, á guisa de escucha militar, los horizontes con ojos avizores, y estrechando María el Niño Jesús con sobresaltada efusión entre sus brazos y contra su amante seno maternal. Sólo estos escritores apócrifos hanse parado á describir el desierto con todos sus horrores, las



bestias feroces y venenosas con todas sus amenazas, el arenal inmenso con todas sus arideces, el aire abrasado con todos sus incendios, la muerte bostezando y abriendo sus fauces negras como los abismos al pie del santo grupo. Solamente los Evangelios apócrifos y los evangelistas fantaseados nos refieren aquellos consuelos, inventados por José y María en las escuelas de judíos alejandrinos, que vertían las obras bíblicas al griego y derramaban sobre la Biblia y el Evangelio en abundancia incalculable los principios y los pensamientos de la escuela platónica, donde hallarán todos los siglos luminosas revelaciones acerca de Dios y su providencia, del alma y su naturaleza inmortal, del Verbo y su consustancialidad con Dios. A escritores apócrifos, á obras no declaradas canónicas por la Iglesia debense relaciones como la que historia el nombre y condiciones de la ciudad llamada Lento-poli, donde se reunían los judíos pertenecientes á las escuelas alejandrinas y propagadores de los dogmas platónicos. El pueblo de Matarea se halla en la geografía de los controvertidos libros á que nos referimos, y en ese pueblo, la tradición muestra el hogar de la Sacra Familia fugitiva; los bancales de rosas y jazmines, por cuyos bosquecillos Jesús discurriría con el inquieto movimiento de la niñez; el palmeral, de que los ángeles del Señor cortaban

sus palmas; y aquel sicomoro, bajo cuyas ramas han dicho misa los sacerdotes cristianos en sus peregrinaciones y han al Eterno invocado los mismos ismaelitas, fieles á todas las tradiciones religiosas representativas y recordatorias de la divina unidad. Pietro Della Valle, literato italiano, nos recuerda la inmanencia de tal tradición en sus clásicos viajes. Caminando entre un laguillo dimanado de filtraciones del sacro río egipcio y un canal trazado para la irrigación de aquel pródigo suelo; por amplia vía sombreada misteriosamente de gruesos y copudos árboles; alejada siete millas del Cairo, encuéntrase una especie de aldea, en la cual se conserva humilde casa, donde vivió la Virgen algunos años durante su emigración á Egipto, en la cual casa vese todavía un ventanillo, antes armario, convertido en retablo para que digan en su presencia misa los devotos sacerdotes cristianos. Guárdase allí un agua de cuya linfa escanciaban la indispensable al amasijo de los panes consagrados al alimento del Dios Niño; y cerca de allí un huerto, entre cuyos arbutillos y árboles veíase uno cargado de gomas balsámicas; por todo lo cual veneran aquellos lugares, hoy mismo, los árabes, muy admiradores del Profeta, como ellos le llaman á Jesús, y muy creídos todos ellos del milagro puesto en gran crédito por Nicéforo y Zozomeno, quienes aseguran haberse



visto por muchos en los tiempos del Salvador las arboledas de la vieja Hermópolis, como animadas por un espíritu interior, descender sus ramas, cual si fuesen cañaverales doblegados por el viento, y aunque fuertes y enormes, tocar la tierra, inclinándose para bendecirlo y adorarlo.

Estos libros apócrifos describen Giza tal como la encontraron los divinos viajeros; la Tebaida, en cuyos arenales comenzaban á reunirse ya, como por adivinaciones milagrosas, los penitentes que luego habían de testificar con el oráculo de sus pensamientos y con el testimonio de sus maceraciones la verdad entera del cristianismo; Hermópolis, de copudos árboles, dóciles á la voz del Salvador; los manantiales en que la Virgen se proveía de agua y lavaba las ropillas de su hijuelo; el recinto de Menfis, donde temblaron los viejos dioses del desierto á la llegada completamente desconocida de viajeros divinos; el templo viejo, cuyos obeliscos descargaron ideas en la frente de las generaciones cristianas, cual hojas y esencias un floreciente árbol sacudido y meneado; los altares misteriosos y los nichos ocupados por la Isis egipcia, envuelta en su blanca túnica, semejante á pálidos rayos de la luna, y velada por su negro crespón, sembrado con estrellas de oro, quien conoce que toda su sangre, prestada por la savia del campo, se le hiela

en las venas; que se le agota en los pechos aquella nutritiva leche, con la cual había un tiempo amantado á tantos dioses; que se le van alma y vida, porque resuena en el tiempo una hora nueva del espíritu, y aparece por las alturas del cielo, como un sol espiritual encendido para esclarecer universo, nueva revelación divina, guardadora de un Dios creador y su incomunicable Verbo. Hay algo de poema en aquella pintura, épica verdaderamente, de un suelo sacro, mellado por tantas procesiones religiosas, que se resquebraja y estremece; de unos pórticos, abiertos en viejo granito egipcio, rivales por su duración y solidez de las montañas, los cuales pórticos se arruinan, como el tejado frágil en pobre choza; de unos altares, cuyas aras habían soportado las ofrendas faraónicas y lucido los símbolos de la fortuna y de la fuerza, naufragando en el mar encrespadísimo de las ideas, como cualquier frágil nave que los vientos desarbolan y los abismos se tragan; de unas oraculares sibilas, quienes, al terror promovido por oscuro matrimonio de trabajadores, llevando en su compañía un mísero niño, se desconciertan y ennuudecen; de unos ídolos, tan colosales como los dioses y los genios en guerra del dualismo antiguo mazdeísta, que bajan la escalera de los panteones y piden al desierto un sepulcro y á las arenas un sudario; de todos



aquellos dioses cargados con filtros y amuletos, dioses industriados en la quiromancia y en la magia del sabeísmo, de luz vestidos, de astros coronados, con una estirpe divina oculta en la eternidad y con una progenie de descendientes que llevan, tejiéndolos en sus dedos, los hilos de la vida para envolver al universo, como lo envuelven los espacios y que, al conjuro de los recién llegados fugitivos y errantes, huyen como aves nocturnas por el día sorprendidas: milagro, sí, milagro patente, debido á la inmanencia de los grandes principios, revelados á la hora providencial oportuna para sustituir el viejo Dios-Naturaleza, gastado, exhausto, el Dios de la casta, el Dios de la fatalidad, el Dios de la esclavitud, el Dios faraónico de los crueles tiranos, el Dios de la reacción universal, con este Dios espíritu, con este Dios hombre, con este Dios Verbo, con este Dios revelador infalible de la libertad y motor inmóvil del progreso.

## XVI

Veamos á María durante la infancia de Jesús. ¿Dónde residió la Sacra Familia, tras el regreso desde las riberas del Nilo á Palestina? Para nosotros residió, con arreglo á lo dicho por San Lucas, en Nazareth de Galilea. No quieren asentir á esto los

críticos escrupulosos, que aplican el sistema de Niebhur á la historia de María. Ellos no tienen por cosa clara, ni mucho menos, la residencia reconocida por nosotros. En sus cavilosasidades, arraigadas y múltiples, aseguran que, si un evangelista de los que algo se refieren á la infancia del Salvador, Lucas, por ejemplo, admite Nazareth como habitual residencia de Jesús, otro evangelista, Mateo, admite como habitual residencia el sitio de su nacimiento, admite Belén. Según Lucas, en Nazareth pregunta el arcángel Gabriel por María, y encuentra su casa y cumple los encargos de la sobrenatural anunciación, y le sugiere un viaje á Belén, y tras tal viaje la impele de nuevo hacia su casa materna y allí la tiene de por vida. En Mateo sucede todo lo contrario. Jesús nace en Belén, y allí recibe la visita de los magos, y de allí se parte hacia Egipto; y cuando vuelve quiere instalarse allí, de lo cual una sugestión celeste le disuade, mandándole á Galilea. Por consecuencia, una tradición constante coloca la casa matriz de Jesús en Nazareth y la cuna en Belén. Allá en la ciudad galilea nace María, se casa con José, se reinstala de nuevo á la vuelta de su destierro, y vive hasta que los apóstolados y los dolores de su hijo la llevan á Jerusalén. Quede, pues, completamente averiguado esto, en correlación plena con lo que asienta el Evange-